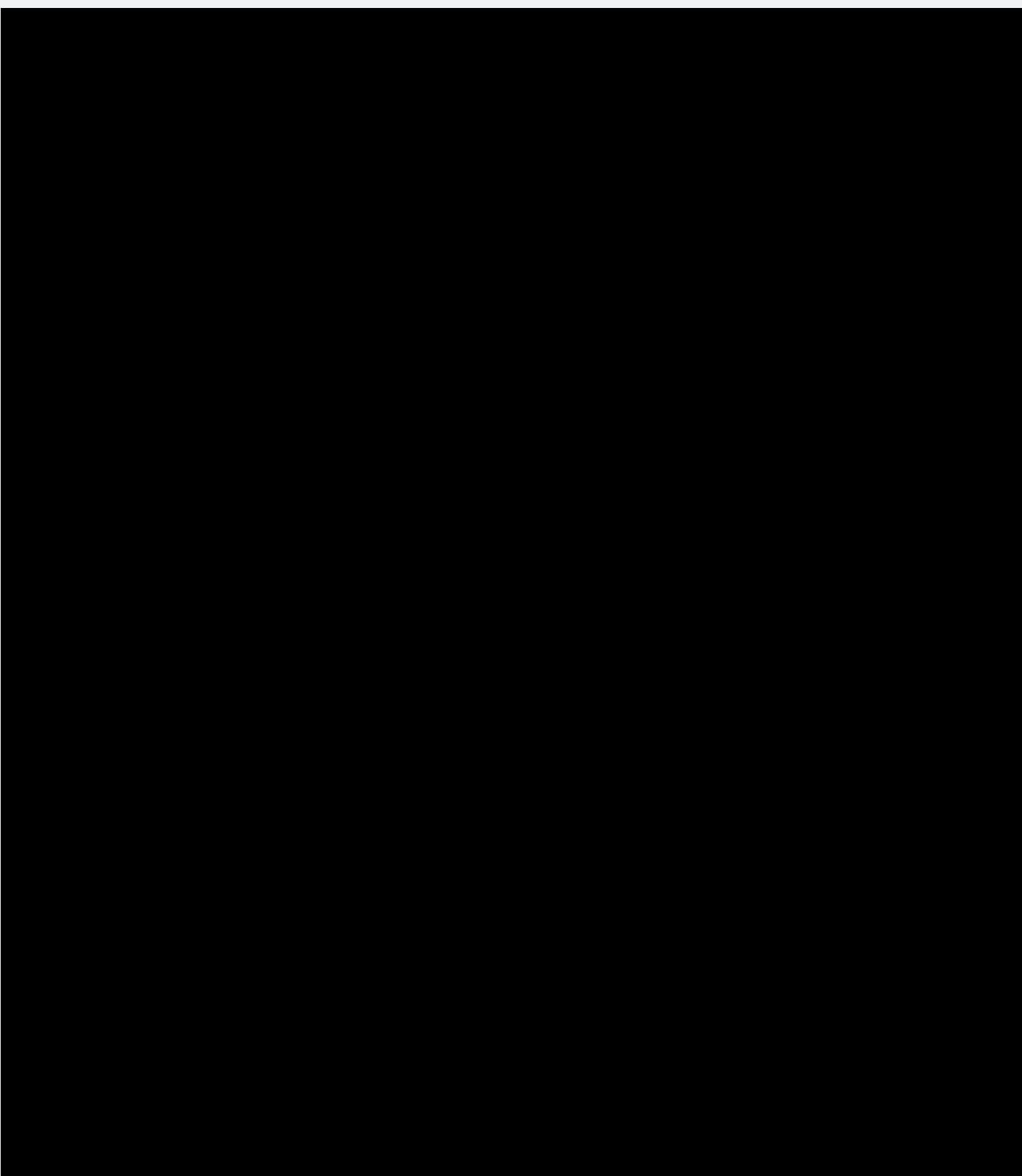


APORTES



CARLOS TAPIA  
ANGELO BUCCI  
VICENTE MEDINA, PATRICIO CORBELLA Y CATALINA IOSA OBEID  
PABLO FRONTINI



# *Diploma(g)ia arquitectónica<sup>1</sup>*

CARLOS TAPIA<sup>2</sup>

**1** Este texto tiene otra versión en inglés, titulada «Architectural DiplomaNcy» y publicada en: TAPIA, C., y MANNISI, A. (2020). *Reciprocidad. Design Diplomacy in Seville*, Málaga: Recolectores Urbanos Editorial.

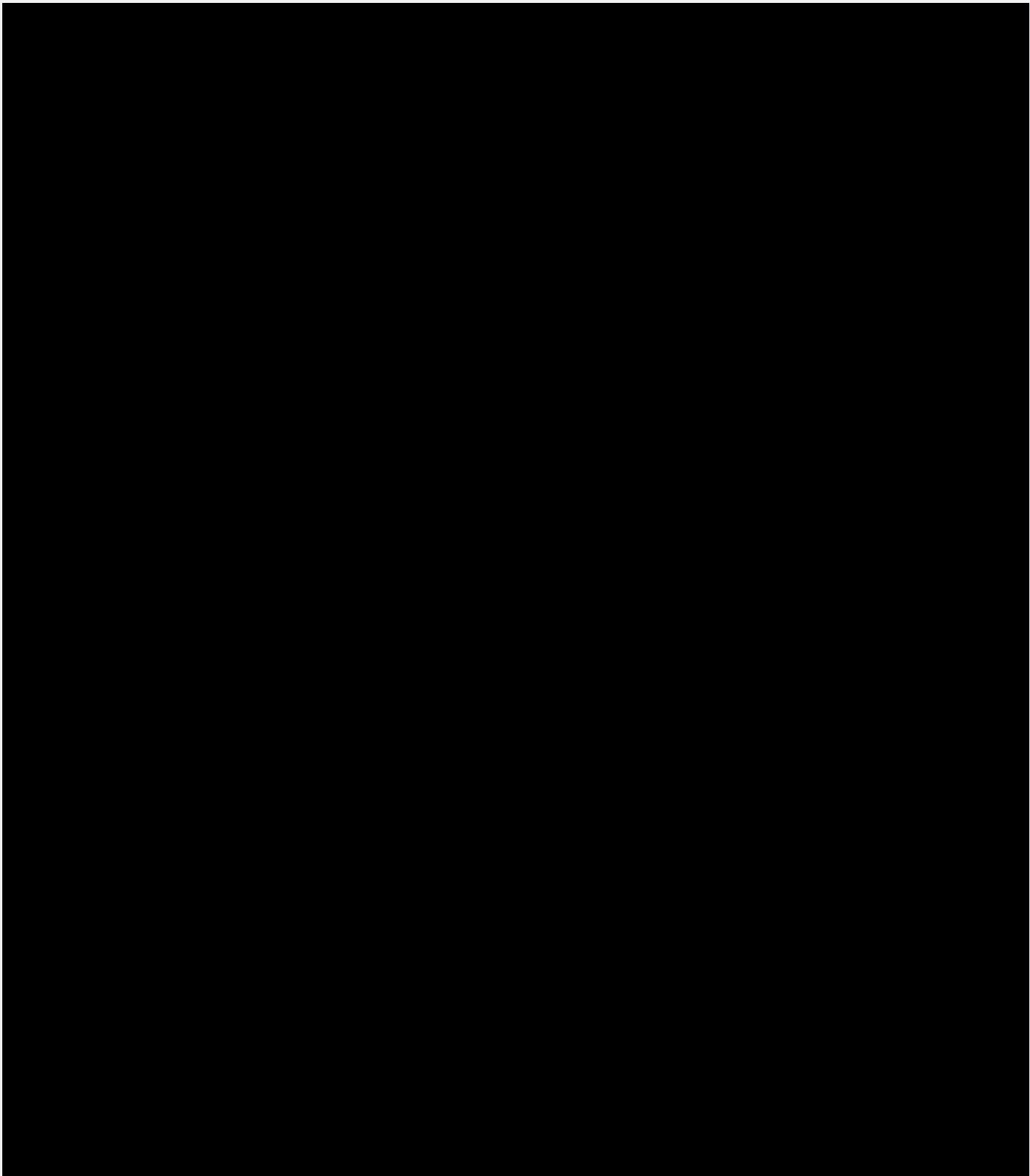
**2** Carlos Tapia es doctor arquitecto por ETSAS-US y profesor de esa Escuela de Sevilla. Dictó, el 14 de mayo de 2020, en el doctorado FADU-Udelar, el seminario Lockdown y Arquitectura Menor, en que desarrolló argumentos que se exponen, en parte, en este artículo.

*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*

*d d d*  
*a a a*  
*d d d*  
*a a a*  
*d d d*  
*a a a*  
*d d d*  
*a a a*  
*d d d*  
*a a a*  
*d d d*  
*a a a*  
*d d d*  
*a a a*

*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*  
*a a a a a a a a*  
*d d d d d d d d*

*d d d*  
*a a a*  
*d d d*  
*a a a*  
*d d d*



## Diploma(g)ia arquitectónica

Si uno fuera diplomático, no de carrera, sino del vulgar y común entendimiento de que el hablar siempre acontece en un espacio de confrontación que precisa de una mediación, no diría que la diplomacia hoy se encarna en condición de mujer. Si uno fuera diplomático de carrera, bastaría con que tuviera un título universitario, como el de arquitecto, y demostrar habilidad con los idiomas para acceder a unos estudios preparatorios para entender y defender los intereses de su país<sup>3</sup> fuera de él. Como título de arquitecto y certificados de idiomas ya tengo, me pregunto si yo tendría condición de mediador, no por no ser mujer, sino porque las características de un diplomático formado como arquitecto, o viceversa, generan conflictos internos a resolver, antes que los externos a los que parece ser llamada su función.

Como no soy diplomático, ni de carrera ni de evitar decir lo incómodo, he de explicar las razones por las que, al pensar los espacios altamente politizados, en conflicto, se demarca vivamente la razón de ser de un arquitecto en nuestras sociedades actuales y por qué es atribución de un pensar característico de mujer esta toma de conciencia. Para seguir siendo honesto, aun siendo personalista, diré que acondicionar un espacio del conflicto ya confiere al acto una reducción y priorización sobre el resto de las consideraciones que se deberían tener en cuenta. Además, se desequilibran interesadamente sus potencialidades, siendo el sentido de tal tambaleo una cualificación no peyorativa o inoportuna.

Un mismo espacio se reconstituye por la implicación y resalto de cualidades que resignifican, modifican su habitar, reivindicando su obsolescencia o su carácter efímero, reorientan sus dimensiones, dislocan sus proporciones, sin intervención alguna de un arquitecto. Esas caracterizaciones ya allanan la discusión, y la mediación se torna categoría proyectual: mejor hablar que dibujar.

Integrar morfología urbana, patrimonializar, poetizar pueden ser —que por demás son sabiduría arquitectónica— insuficientes claves, por cuanto no exigen a su hacer el hallar la susceptibilidad de intervención sobre otras menos habituales o que hagan de cada proyecto una exploración de mayor calado (que lleve al conflicto interno), mediante una «paradójica curiosidad» (Lederach, 2007: 71). Y toda esta sinceridad que nuestro solo se incumple

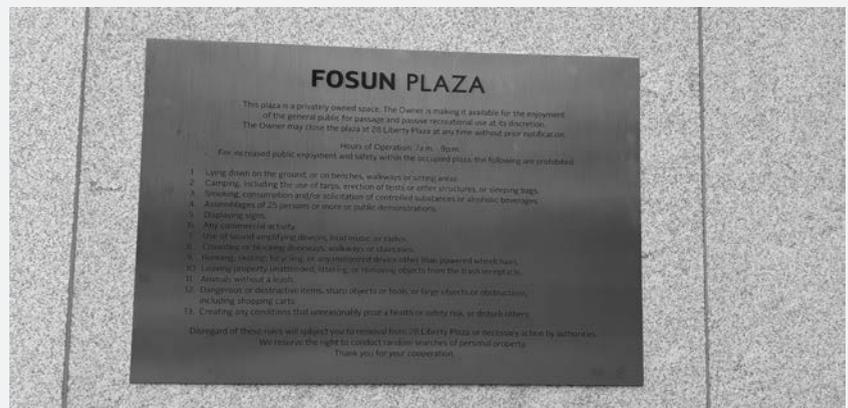
en parte por el tiempo de *suspense* que he dejado a que cualquier lector se anticipe a mis argumentos para prejuiciarlos sobre qué es el *género* en la sustanciación espacial y su particular aptitud para la superación de los antagonismos en los espacios muy politizados.

No es opcional dejar de poner en claro qué pueda ser un *espacio politizado*. No se trata de un debate para intelectuales. Son obligadas la aclaración y la implicación por parte de quien escribe. Hará una década, o quizá algo más, que los arquitectos leyeron lo más cuidadosamente que fueron capaces los textos de Ostrom, Mouffe y Laclau —entre otros— y los extendieron con analogías muy especulativas de alto impacto visual, aunque algo oscuras de explicación. Y ello, a pesar de las otras abundantes formulaciones de esas analogías que en paralelo hacían arquitectura: escritos, entrevistas, grandes exposiciones en grandes foros del capitalismo cultural, curiosamente.

Tal extensión llegó a que incluso —ellos dirían que fundamentalmente ese— el *espacio doméstico* era un lugar solo vivible en lucha. Ciertamente, puede valorarse el atrevimiento no solo por la difícil convivencia del modo de vida actual y basado en la célula familiar, sino por la intensificación de la construcción del habitar común a través de una consciencia de su proceso. Ganar por la mano pacífica a la otra mano violenta; de eso se trataba.

No fue una adaptación de un *Defensible Space* como actualización del conocido libro y teoría, de 1972, de Oscar Newman, al interior de la casa, sino la cortocircuitación de lo ya dado, que, por la clave del conflicto, se removían hasta los cimientos, tanto los de la edificación como los de la organización de la vida. La *Oficina política*, del arquitecto Andrés Jaque, el *Gabinete de crisis*, del arquitecto Uriel Fogué con el filósofo Luis Arenas, las *Fake Industries*, de Goberna & Grau, o las *Recetas urbanas*, de Santiago

IMAGEN 1  
Fosun Plaza. Privately  
owned public space  
(POPS), Manhattan,  
Nueva York. Foto del  
autor



3 Qué ambiguo, ya de partida, resulta usar esa palabra hoy y cuán triste es que se tienda a aclararla con actitudes chauvinistas.

## IMAGEN 2

Vista de la 28 Liberty Street (Fosun Plaza).  
Escultura *Group of Four Trees*, de J. Dubuffet, y foso con jardín de I. Noguchi.  
Foto del autor

Cirugeda, son ejemplos españoles de proyección internacional. Estas referencias son válidas en mi discurso siempre que intercambien presencia y trascendencia al sumarse a otras, como las derivadas del intenso trabajo intelectual sobre lo que hoy pueda ser lo público y lo común, al que ha dedicado un tiempo dilatado la academia, la profesión y sus *lobbies* derivados (tal vez sea de reconocer que, en vez, los primeros son derivados de los segundos).

Presumiblemente, cada investigador que conciba, desde su propio posicionamiento, lo que de público y de común tenga el caso con el que, de los múltiples posibles, yo quiero significar un *espacio altamente político* podría no concordar y proponer sustitivamente otros más sensibles o acuciantes de ser mencionados. Ya dije que el espacio político muta con la presunción y disposición de los contextos, y añado que actualmente prevalecen los menos morfológicos o materiales. No obstante, en lo que a mis contextos se refiere y a los ojos de un europeo del sur, el intercambio de cesiones entre lo público y lo privado para un supuesto beneficio mutuo sería uno de los mejores ejemplos donde la mediación es indispensable y la formación en diplomacia de un arquitecto, urgente.

Pero querría ilustrar mi hipótesis con el caso de la plaza Fosun, nombre de la empresa inmobiliaria china que compró, en 2013, el edificio que fue construido en 1961 para animar el valor inmobiliario de una zona en decadencia de Manhattan. Es uno de los ejemplos que no solo en Nueva York pueden encontrarse con este tipo de práctica urbana reglada. Es interesante ver aquí, conjuntamente, las luchas por la supervivencia de los edificios como si fueran plantas que se someten a un crecimiento exacerbado para acaparar la poca luz que llega al suelo. Y es notorio el pleito que perdió el Equitable Building, entre la 120 de Broadway, en el distrito financiero, y la Nassau Street, donde su fachada trasera mira casi de frente a la Fosun Plaza. Fue famoso porque dio lugar a la Ley de Zonificación de 1916, por la denegación al derecho de soleamiento de los edificios colindantes. Las compensaciones en altura para la cesión de espacios con plazas o pasajes de *disfrute* público, garantizando así que algunos rayos de sol bajen lo suficiente, se traducen en cómo los arquitectos tratan de negociar en un campo de juego que no tiene nada de pacífico, por más que se engalane con esculturas de renombre. Las reglas de uso ciudadano resultantes<sup>4</sup> son tan inverosímiles como la vivencia que se espera nadando inmerso en la verdadera contienda que allí sucede, de inversiones y especulaciones financieras. Si se generara conflicto interno en el arquitecto,

estaría abocado a rechazar el encargo. O, más inteligentemente, como diría un negociador en el campo de batalla, podría emplear una *imaginación moral*<sup>5</sup> por la que no dar por sentado que lo dado prevalece y no responder con un chaleco salvavidas por toda herramienta.

En realidad, he alentado la polémica<sup>6</sup> sobre mujer y diplomacia para ahora solo meramente decir que el femenino diplomático no es *realpolitik*, sino la presencia intelectual de, en concreto, dos mujeres que proveen una redefinición de la palabra *diplomacia*: Chantal Mouffe e Isabelle Stengers. Esta polémica no debe entenderse meramente como débil



4 Transcribo y traduzco lo que recoge la imagen 1 sobre la plaza Fosun: «Esta plaza es un espacio de propiedad privada. El propietario lo pone a disposición del público en general para su paso y uso recreativo pasivo a su discreción. El propietario puede cerrar la plaza en el 28 Liberty Plaza en cualquier momento sin notificación previa. Horas de operación: 7 a. m. - 9 p. m. Para aumentar el disfrute del público y la

seguridad dentro de la plaza ocupada, se prohíbe lo siguiente: 1. Tumbarse en el suelo o en bancos, pasillos o áreas de descanso; 2. Acampar, incluyendo el uso de lonas para montar tiendas u otras estructuras, o sacos de dormir; 3. El consumo de tabaco o la presencia de sustancias controladas o bebidas alcohólicas; 4. Reuniones de 25 personas o más, o manifestaciones públicas; 5. Exhibición de letreros; 6. Cualquier

actividad comercial; 7. Uso de dispositivos de amplificación de sonido, música a alto volumen o radios; 8. Masificación o bloqueo de puertas, pasillos o escaleras; 9. Practicar patinaje, bicicleta o cualquier otro dispositivo motorizado que no sea una silla de ruedas motorizada; 10. Dejar la propiedad desatendida, tirar basura o retirar objetos del receptáculo de la basura; 11. Animales sin correa; 12. Artículos

conjetura para mis supuestos, dado que en mayo de 2020 se tuvieron ya varios foros de debate sobre la eficacia de las gestiones de la pandemia de las líderes Jacinda Ardern, de Nueva Zelanda, Angela Merkel en Alemania, Tsai Ing-wen en Taiwán, Mette Frederiksen en Dinamarca o Sanna Marin en Finlandia. Las características del liderazgo de estas mujeres han sido la claridad del discurso, la capacidad de decisión, la compasión y empatía, y una extraordinaria comunicabilidad, cuestiones que no han exhibido sus homólogos masculinos.

Aunque Stengers, disertando sobre *cosmopolítica*, intenta huir de sí misma como elevación al rango de un *personaje conceptual*, eso es lo que afirmo yo, que se obtiene tras la repercusión de sus debates y artículos en los que la invitación a pensar es, diríamos que diplomáticamente, el mejor rasgo que se le puede extraer de la densidad de sus posicionamientos.

En el caso de Mouffe, la confianza en un estado de conflicto, que es decisivo para ser más allá de espacio percibido y relacional, es decir, escenario de la definición de lo humano como comunidad, es lo que la eleva a personaje conceptual, tanto a ella como a su concepto, la *agonística*. Ambos personajes concepto, siendo mujer y palabra valija, avalan la tesis de signo negativo radical, es decir, resistente a la convención, de que quienes quieran que sean los oponentes no son enemigos, sino adversarios, que no dudan de las convenciones en el marco de su discusión.

Ahora bien, ambas coinciden en que eso que podría ser un sinónimo, el diálogo, no es mediación. La mediación es mucho más compleja. Ser diplomático implica un trasfondo de guerra con reglas definidas cuya disputa no pone en entredicho el principio de igualdad y es más difícil que las prácticas acaben siendo antagonistas. La cuestión es que esto no es tan habitual, y como dice Stengers, «es una actividad tan rara como la buena ciencia» (Latour y Gagliardi, 2008: 248).

Si lo contrario a la creencia común tuviera una palabra directa para su comprensión inmediata y empleo regulador, debería ser igualmente determinante del estado de sorpresa permanente de todo negociador. Resulta ser que la tiene: *para-doxa*. Lo paradójico reúne verdades aparentemente contradictorias para encontrar una verdad mayor. A pesar de que Deleuze tiene un texto seminal que estudia la paradoja (*La lógica del sentido*, 1969), prefiero aquí descansar lo paradójico en un negociador de guerras actuales y reales como J. P. Lederach (2007: 71) para afianzar mi posicionamiento y reunirlo con los conceptos de Mouffe y Stengers.

Si estas mujeres merecen atención no es por el proceso de silenciamiento secular al que han estado sometidas en conjunto todas aquellas personas de género y sexo distintos del masculino estándar, sino porque la figura diplomática responde, aún hoy, al estereotipo del género dominante masculino. Si pudiéramos concedernos pensar lo diplomático como regla de uso, al caso vendría recordar que debemos distinguir, con Aristóteles, la parte retórica de esa lógica. Aristóteles posicionó la lógica más importante en una situación específica, más que la lógica en sentido general. El uso diplomático de la condición de mujer infiere a la generalidad de mi discurso sobre la mediación para la constitución de los espacios arquitectónicos, la especificidad causal que siempre le acompaña, aun en el momento solemne de su definición. Su justificación de excepcionalidad condiciona su regla.

Así como Petrarca —el llamado *primer turista*— fue hombre primordial en la prevalencia figurativa de lo visible mediador, así lo fueron, por hacer un breve muestrario de casos: Tomás Moro, de misión en Amberes como lord canciller de Inglaterra, donde, además, empezó a escribir la segunda parte de *Utopía*, en latín, titulada *The Truly Golden Book About the Best Condition of a Commonwealth and About the New Island of Utopia*; Rubens, con un año de estancia en Madrid para lograr una alianza con Mantua; Benjamin Franklin, nueve años en París para consolidar la forja de una nueva nación; John Perkins Marsh —a la sazón, el primer ecologista reconocido por su trabajo sobre la irrigación de tierras del Oeste— fue el primer diplomático (*USA Minister Resident*) de los Estados Unidos y fue enviado primero a Turquía y luego a Italia, o el ignominioso famoso diplomático von Bismarck, creando la Triple Alianza para evitar la revancha de Francia tras la polémica carta manipulada por el Canciller de Hierro al embajador francés Bad Ems sobre la candidatura de un Hohenzollern al trono español, que dio lugar a la unificación de Alemania mediante la exhibición humillante de la derrota francesa —centuplicada hasta la náusea por la catrónica del Salón de los Espejos— en Versalles.

De lo anterior, con sus logros e infamias, lo que se deduce es que la mediación, si existe, es política, definida esta por la obligada reunión entre los humanos, predominantemente hombres, como asamblea para la discusión de disparidades, dado que no hay humanos fiables. Digámoslo ya, pues: *la* política organiza la coexistencia humana en prácticas e instituciones, mientras que *lo* político es la dimensión ontológica del antagonismo (Mouffe,

peligrosos o destructivos, objetos o herramientas afiladas, objetos grandes u obstrucciones, incluyendo carritos de compras; 13. Provocar cualquier condición que irrazonablemente plantee un riesgo de salud o seguridad de molestar a otros. El incumplimiento de estas reglas conllevará ser desalojado del 28 Liberty Plaza o a una acción necesaria por parte de las autoridades. Nos

reservamos el derecho de llevar a cabo registros aleatorios de la propiedad personal. Gracias por su cooperación». 5 Ver los trabajos de John Paul Lederach, en particular, *Building Peace: Sustainable Reconciliation in Divided Societies*, U. S. Institute of Peace, 1997, y el incluido en las referencias, cuya versión en español fue publicada por el Departamento de Justicia Social,

Empleo y Seguridad Social del Gobierno del País Vasco.

6 Ver «Why are women-led nations doing better with COVID-19?», en el *New York Times* del 15 de mayo, y «Are female leaders more successful at managing the coronavirus crisis?», en *The Guardian*, del 25 de abril. Ambos consultados el 5 de julio de 2020.

## IMAGEN 3

Jean de Dinteville y Georges de Selve, cuadro conocido coloquialmente como *Los embajadores*, de 1533. Hans Holbein el Joven. National Gallery de Londres. Wikimedia Commons

2014: 16). En este sentido, hacer arquitectura se enredaría en *la* política, pero difícilmente recapitula y pone a disposición su estatuto hasta confundir su sentido con nuevas sustanciaciones definitivas que, más ambiciosamente, atañería a *lo* político. Si uno no está dispuesto a que un extranjero venga a tu corte y que su influencia te cambie hasta la forma de decir *silla*, a sabiendas de lo que está en juego, es que no se entienden las reglas diplomáticas o se asume que todo lo más que consigue un mediador es un regateo por el precio ventajoso de una bagatela.<sup>7</sup>

Un ejemplo de incapacidad para lo político sería aquello para lo que la arquitectura se sabe competente como aportación intransferible tras la crisis pandémica, como hemos dejado dicho más arriba. Se adapta bien a imaginar acciones remediales, parciales o estructurales, pero nunca de remodelación interna y de ningún modo suficientemente críticas con su papel en las sociedades (Tapia, 2020). Puede ser embajadora de intereses propios y de los suyos, pero no mediadora para formular quiénes son los contendientes, cuáles las causas que confrontar. Su inhabilidad lo sitúa en el frente reaccionario compuesto por quienes reivindican la disciplina como praxis de una cierta, digamos, *ecología política*, pero de sistemas cerrados. Es Stengers (2014: 18) la que da una oportunidad al término que en nuestro contexto no alcanza las mismas plusvalías: una politización de *saberes positivos* o prácticas relativas a *cosas*.

Así definidos, los arquitectos, llamados a pronunciarse en la crisis pandémica, proponen mediar entre los contendientes situando, de un lado, una reducida interpretación antropomorfizada de un ser sin cuerpo propio, el virus, y, de otro, el estándar de un modo de vida global a procurar no desvirtuar, un cosmopolitismo de corte occidental democrático que se considera moralmente superior. Pero eso, como mucho, es dialogar, no mediar.

Si, por otra parte, es un símil válido el *estado de guerra* del presidente Macron durante la pandemia, es porque no hay adversarios sino enemigos los que se ocupan de mediar, perdiendo así la oportunidad de cambio integral y no permanentemente remedial en la salvaguarda de las inercias. Eso es lo que la historia nos ha enseñado que hacen los hombres, de Estado, porque es la gran paradoja del diplomático: defender unos intereses sobre los que nada indica que sean los que comparte el negociador y temer que el resultado del trabajo como comisionado acabe llevándole a la muerte tanto por sus propios compatriotas que se sintieron traicionados como por los adversarios



que no aceptaron la letra pequeña de toda estrategia en las relaciones internacionales.

De necesitar mantener un estado de guerra como símil, para finalmente encontrar su antagonismo, la paz, que sea como la *paix des Dames*, como se conoció al Tratado de Cambrai, de 1529, de fin de beligerancia entre franceses y españoles. Si la rueda gira por su inercia, al acabar su plano inclinado —ilustrado, moderno, masculino—, no se deberían mantener experiencias previas prevalentes, sino impulsos renovadores, como cuando miramos mejor los mismos hechos del pasado o se pierden los miedos a las grandes transformaciones. Se podría hacer el esfuerzo de repasar la obra de Polanyi, *La gran transformación*, observando su lectura desde su reverso: lo que el análisis dedujo a mediados del siglo XX sobre la economía, la naturaleza y la sociedad en la conversión capitalista de la mercancía, llevado a la hipótesis de reconsideración de que no puede ponerse en juego la supervivencia humana en el trasiego desapegado y hedonista de los reguladores de la oferta y la demanda.

Esa lectura, como acto de resistencia, podría dedicar un poco más de tiempo a subrayar los párrafos dedicados a las sociedades precapitalistas, que subordinan la economía a las costumbres, la moral, la política, etcétera. En ellas, Polanyi (2007: 92), influido por Malinowski y Thurnwald, indica que hay dos principios básicos de comportamiento, sociales, pertenecientes a una *embedding economy*, distanciados de la economía dislocada: la reciprocidad y la redistribución.

7 Muchos fueron los italianos que ostentaron cargos en la corte de Catalina de Médici (nacida en Italia, fue reina consorte francesa desde 1547 hasta 1559). A pesar de que su presencia era molesta, pura injerencia extranjera, eran hábiles y, por su influencia diplomática, se adoptaron en la vida francesa refinamientos de su país de origen. Para aclarar mis palabras, diré que, según dice Barzun (2002), al parecer, por

imitación de su habla, se puso de moda pronunciar la *r* como *s*, y, por ello, la palabra francesa *silla*, en origen *chaire*, acabó siendo la actual *chaise*.

Ello implica que para que haya reciprocidad, esto es, ver la situación desde dos ópticas diferentes al mismo tiempo sabiendo que ninguna regla es considerada válida si no tiene la aprobación de las partes afectadas, era necesario un sentido de la simetría cabal entre las relaciones entabladas de beneficio mutuo.

Sobre Polanyi debe recaer el privilegio de ser, con su libro, uno de los formuladores de la resistencia a la maquinaria capitalista por la observancia del papel de la mujer en la economía doméstica, transpolable a una organización de los recursos mundiales más apropiada a la permanente crisis inercial que vive el planeta. Volviendo a un Aristóteles meramente ilustrativo de un pensar diferencial, y no de aplicabilidad ni de devengo de legitimidades filosóficas, si entendemos el espacio desde la *oikonomikè*, y no desde lo político, se vuelve despótico, causado por la lógica del propio interés, como en términos arquitectónicos y contra-neoliberales expresa, siguiendo al filósofo helenístico de Estagira, el arquitecto Pier Vittorio Aureli (2011: 3).

El punto fundacional de la inercia, que se debería superar, ese lugar donde el arte de comerciar estaba profundamente enraizado en la dominación de los mares, la influencia de las cortes, la expansión de las embajadas, lo sitúa Barzun (2002) en Venecia. Con bastante anticipación que los demás Estados, Venecia fue adelantada en la gestación y puesta en práctica de una teoría de lo legal por pura necesidad interna. La ciudad creó un corpus de derecho del mar y, al actuar como patrocinadora de la Universidad de Padua, enseñó a los estudiantes extranjeros el derecho romano y otros derechos civiles.

De conformidad con el deseo, la paz para la expansión del comercio, Venecia creó un cuantioso y bien organizado cuerpo de embajadores. El primer turista, Petrarca, llamado así por ser el primer viajero en el sentido que hoy conocemos, actuó como enviado en el siglo XIV y su capacidad oratoria fue, desde él, un atributo de los que llevaban a cabo la diplomacia. Pero no solo ello. Además, debían ser de aspecto agradable, mostrar fruición en la corte de destino y luego debían regresar a su país. Para llegar a un embajador fijo, con sus instrucciones e inmunidad, con códigos documentales indescifrables, tuvo que pasar mucho tiempo y tras reiterados fracasos. En el siglo XVIII, la institución diplomática ya era algo habitual. La importancia de estos embajadores de Venecia es determinante para entender el pasado, puesto que sus informes diarios (denominados *relazioni*) constituyen una de las fuentes más completas de la historia de esta época.

Lo cierto es que muchos diplomáticos han producido, desde entonces, no solo informes, sino literatura. Aventajados en infinidad de experiencias no usuales y con personajes de alta relevancia en sus salones parlamentarios, no es difícil que un alto comisionado se diga a sí mismo, en primer lugar, que es su misión. No debe ser tan sencillo hacer de emisario y articular palabra de uno con razonamiento subrogado sin causarse una desazón a evacuar como mejor uno sepa. De ahí se sigue que las frases más definitorias recaen en una suerte de ironía bipolar. Daniele Varè, diplomático italiano muerto en 1956, dejó una de estas definiciones lapidarias mordaces: «La diplomacia es el arte de dejar que alguien más se salga con la suya». Fue autor, además, de novelas y de la autobiografía *Laughing Diplomat*, de 1938. Cada país tiene los suyos, y, para el mío, hasta Wikipedia ha elegido la figura de Inocencio Arias. De sus libros solo he elegido leer uno, quizá por un guiño con el *dictum* con Varè en su título *Yo siempre creí que todos los diplomáticos eran unos mamones*. De este subsecretario de Asuntos Exteriores, embajador de España ante las Naciones Unidas (de julio de 1997 a diciembre de 2004) y director gerente del Real Madrid Fútbol Club (entre 1993 y 1995) se decía que tenía, tras la silla donde despachaba en Nueva York, un póster enmarcado de la película española *Todo es mentira*.

De ser cierta la anécdota del póster, la silla emanaría advertencia en su mutación, y sería como definir eso que se llama *razón de Estado*, una ética sui géneris en asuntos exteriores que atiende a intereses egoístas mediante la añagaza de la diplomacia y los actos inmorales de la guerra.<sup>8</sup> En otros términos, que tomo de Barzun, se diría:

Los seres humanos en grupos hacen lo que les place a menos que se lo impidan otros grupos más fuertes. Adviértase que, dentro de la nación en sí, no pueden existir paz y justicia sin la amenaza y el uso de la fuerza. Pues sería arriesgado suponer que el ejercicio de la autocontención, que no consigue controlar la criminalidad dentro de la nación, pueda disuadir a otras naciones cuyos intereses chocan con los nuestros y entre sí.

Como decíamos antes, no somos gente de fiar, nosotros, los humanos. Quién sabe si Holbein el Joven pintó (imagen 3), escondido tras lo que parecía un hueso de sepia carente de contexto y dimensionalidad propia de la pintura, una calavera en anamorfismo como advertencia de la futilidad de los actos negociadores, todos espurios,

8 Puede ser revelador, para el cierre de este argumento, recordar la conjura de Bedmar o conjuración de Venecia, de 1618, donde los diplomáticos españoles convencieron a un grupo de hugonotes franceses asentados en Venecia a generar revueltas como excusa para un despliegue militar de la flota española en la zona. Salió mal para los mercenarios, muertos en

combate o ajusticiados; para los diplomáticos, con huidas novelescas.

## IMAGEN 4

Giancarlo de Carlo con el artista Gianemilio Simonetti en el espacio altamente político generado en una XIV Trienal de Milán ocupada por artistas y estudiantes, en mayo de 1968. Curadores: Giancarlo de Carlo, Marco Bellocchio y Bruno Caruso. Cortesía del Archivo Cesare Colombo



cuya trascendencia es el pago con la propia vida cuando sea pública la categoría de las manipulaciones cometidas. Claro que, mientras no veamos la calavera y nos guste mejor creer en el hueso de sepia, es imponente recrearnos en contemplar la presencia y exhibición de poder de ambos embajadores antes nosotros y el mundo que ellos representan con sus reliquias al fondo.

Volvamos a nuestro argumento principal, la diplomacia arquitectónica. Este mundo mágico de los engaños pulcros merecería un término más adecuado a su complejidad e irracionalidad. Lo encuentro más cercano a cábalas, donde un nigromante determina el futuro por medio de reglas poco convencionales, poco disponibles, poco demostrables, nada autocríticas. Una *diplomagia*, podríamos decir. Dentro de los salones, más o menos oscuros, donde se practica la adivinación por mediación de los espíritus o de los embajadores, la convivencia de propios y extraños durante el intercambio de razones y beneficios se presupone apaciguada por la aceptación de las reglas elegantes de la trasgresión. Y, en comparación, no es tan distinto ese espacio que describir lo privado como un estado de paz relativa:<sup>9</sup> en calma se me presupone la autoridad de mi interior, mientras que, en guerra,

nada privado mantiene su derecho de exclusión intacto. Una práctica arquitectónica por la política mediaría en esos salones —en el seno de un encargo proyectual— con la norma de una discusión solo planteable centrada en el objeto arquitectónico. Una acción arquitectónica por lo político hoy se equipara con lo cosmopolítico, que convencionalmente se refería a un espíritu impulsor de ansia de progreso —capitalista— focalizado en el objeto arquitectónico y en la actualidad es plena dilución en muy diversas ecologías.

La ecología debe ser entendida como procesos, interminables variaciones formales, materiales y poco herederas de lo virtual —como podría pensarse para quien atravesó la década de 1990—, que precisan de la construcción de vínculos muy diferentes a los códigos habituales y que casan con los comportamientos de la alta diplomacia desde los tiempos de la Serenisima República de Venèsia. Esos vínculos retiran la parte metafórica en el empleo del término *ecología* para verdaderamente entablar relación con el medio que ya no es el de la naturaleza disponible como recurso. Causas sociales y ambientales elaboran protocolos y procesos donde la espacialidad resultante de activar lo político es ya arquitectura.

9 Ahora, por diferencia con el espacio doméstico descrito como en lucha más arriba, lo privado atiende a la inmunización respecto a un adversario-enemigo externo. Es lo más habitual, por lo que la idea de conflicto entre los coinmunes es tan interesante a los arquitectos mencionados.

Sin embargo, lo que de oportunidad tiene ese modelo no llega a profundizar en la catarsis, y la convención diplomática arquitectónica vuelve sobre sus fueros, nunca mejor dicho, puesto que, de fondo, nunca llegó a calar ese sentido social en el estatuto arquitectónico. Se vuelve moda, como una más de las estrategias del capital, donde, por ejemplo, para los alternativos *hippies* de los 60 se tuvo y aún tiene un lucrativo nicho de mercado para los disyuntivos y sus asimilados. Si estamos hablando de este enredo ilusionista y laberíntico entre arquitectura y diplomacia es por poder alcanzar una comprensión exhaustiva del problema y tratar de alcanzar un concierto legislativo más ambicioso. Que la figura del arquitecto sea semejante a la del diplomático está por decidir, y a estas alturas no querría que fuera lo más relevante de mi discurso, sino hacer ver la posibilidad de un cambio basado en que no dudamos cuando tenemos la oportunidad de renombrar nuestras convenciones más arraigadas, sillas incluidas.

Alguien como Hermann Muthesius, levantando acta, en 1896, de la industrialización británica como embajador alemán y llevándola a la cualificación artesanal en el sistema productivo de su país, o El Lizzistky, que ejercía un poderoso influjo en la Bauhaus desde que, en 1921, tomara posesión de su cargo como embajador cultural soviético en la República de Weimar, son difíciles de cotejar con mis supuestos. La literatura que se puede encontrar con más facilidad reconciliando los términos *arquitecto* y *diplomático* solo se dedica a amplificar la resonancia de los arquitectos que construyen legaciones de embajada en el extranjero. Si bien este hecho es particularmente importante en la trayectoria de un Koolhaas con la sede de Holanda en Berlín o algo menos, pero con no menos interesante resultado, en la de Scharoun en Brasilia, no es este el problema sustancial de mi planteamiento. Tampoco lo es la ayuda a la construcción como manobra táctica clave de la diplomacia internacional, que, por singular en nuestro ámbito geopolítico que mira, por lo general, hacia otros lugares, se hizo especialmente evidente durante el período de la Guerra Fría. Más que con una intención de construir, con esa excusa se producían intercambios culturales y técnicos, más o menos desinteresados, entre los países donantes y receptores, que, en ese período, el Gobierno y los arquitectos comunistas chinos proporcionaron a los países en desarrollo de Asia y África durante el mandato de Mao Zedong, con una gran carga económica que soportaba su pueblo y una fascinante oportunidad de ejecutar proyectos de gran

envergadura fuera de sus fronteras por los profesionales chinos (Chang, Xue y Ding, 2019).

Estos ejemplos son solo relevantes en la medida en que son la devolución más clara que dan las búsquedas de información que cruzan investigaciones entre diplomacia y arquitectura, en nuestra época de fácil disponibilidad de ingentes cantidades de datos. No se hallan enfoques muy diferenciados ni, entre ellos, de quienes lo hagan en el sentido que este texto toma. Por demás, no es un asunto de primera necesidad para la comunidad científica, a tenor del mínimo cúmulo de artículos que ella reconoce como tal, lo cual da sentido a esta propuesta, con vocación de que se sostenga en el tiempo y a tiempo de no ensimismarse sin compromiso, cayendo en las mismas inercias que no detectan que lo dado es ley.

Como propongo ir de vuelta al origen fundacional de la inercia a vencer, retornemos al espacio de Venecia.<sup>10</sup> De camino, hay que detenerse en Milán, el 30 de mayo de 1968, para observar, mediante la disposición intencionada de una concatenación de factores, un espacio altamente politizado. Ese día se inauguró la Triennale di Milano, anticipando, con su título y su actitud, una comprensión entre la arquitectura y la diplomacia. Por su título, Il Grande Numero: Esposizione Internazionale delle Arti Decorative e Industriali Moderne e dell'Architettura Moderna, Giancarlo de Carlo, su curador, ya anticipaba lo que hoy es hábito en investigación y en la cotidianidad. Por su actitud, diríamos que por cuanto una multitud sintió que el título se refería a ella y que lo expuesto no la definía, a pesar de que ya estaba De Carlo comprendiendo, semanas atrás, la importancia de las manifestaciones que se daban en las principales plazas y universidades parisinas (Guarano *et al.*, 2019: 42).

El conocido arquitecto quiso generar un compromiso más certero entre contenido y público, con salas<sup>11</sup> que insertaban los escombros —como recreación— de las luchas y con recorridos de una cierta estocástica para una implicación que permitiera superar lo dado, quitando el reflejo al espejo para convertirlo en ventana o escaparate. No son lo mismo, de hecho, ambos vidrios, de manera que la ventana obligaría a tomar partido frente a la opción voluntaria de salirse de la duplicación de una escena por ser incómoda. En el caso del escaparate, es fácil adivinar la razón: están ahí inmemorialmente para apaciguar las iras que no canalizan bien las calles.

En el caso de la XIV Triennale, los espacios, los contenidos, el soporte expositivo, los curadores, la propia institución del Palazzo dell'Arte, las revueltas sociales, el panorama

<sup>10</sup> Por tener más idea de Venecia, me permito remitir a mi texto: «Abendland. El eterno retorno del ocaso de Occidente», en *Gersau o la naturaleza comunista de las cosas*, 16/diciésis, 2016, pp. 33-50.

<sup>11</sup> Las que había dejado vacías la URSS al renunciar a su participación y sustituidas por una instalación titulada *La protesta dei Giovanni*.

cultural italiano, la gente, la efervescencia universitaria no son suficientes atribuciones para definir este lugar, donde los medios de comunicación amplían las dimensiones de las causas y los efectos del resultante espacio altamente político. La fractura se limpia por fuera —de estudiantes insidiosos y de destrozos— y se oculta en su interior —vuelve el espejo, indiferente a lo que sucede ante sí— (Guarano *et al.*, 2019: 47). La siguiente *triennale*, Lo Spazio Abitabile, de 1973, dirigida la muestra sobre arquitectura (*Architettura-città*) por Aldo Rossi, buscaba la recomposición de las inercias, restañar la cosa a su lugar, perder la magia, deshacer el laberinto, que ya no más fue la *triennale*, empero hubo varias más tras de la de 1968.

Para algunos curadores y expertos en exhibiciones de arte y arquitectura, el testigo lo recoge Venecia con su *biennale*, que es donde queríamos ir.

Entremos por la laguna, no por tierra firme, de mañana, rato después de la hora nona, para que el sol dibuje la plaza de San Marcos vista desde la escenografía que, en nombre de Palladio, levantaron Simone Sorella y Vincenzo Scamozzi (para disgusto de Wittkower),<sup>12</sup> desde el interior de la basílica de San Giorgio Maggiore. Uno no puede ver el espacio teatral, *negativo* contra el espacio sansoviniano de la *piazzetta* de San Marcos, como dice Tafuri (1978: 79) de la embocadura del Gran Canal, sin dar la espalda a San Giorgio, salvo que se redunde la teatralidad imaginal y compuesta con las Zitelle y Redentore a partir de una fachada interior de la misma basílica de San Giorgio Maggiore que coloca cada cosa en su lugar (imagen 5).

El santo Giorgio, alzado sobre la cúpula, manco por el impacto de un rayo, deja su labor de protector al patrono

de la Fundación Giorgio Cini, Pasquale Gagliardi, para argüir un espacio altamente político del 15 al 17 de setiembre de 2004. Recluye para dialogar el patrono Gagliardi a un destacado grupo de intelectuales, como Bruno Latour, Peter Sloterdijk, Derrick de Kerckhove, Philippe Descola, François Jullien, Gilles Kepel, Angelo Scola, Adam Zagajewski, Sebastiano Maffettone, Giovanni Levi y la única mujer: Isabelle Stengers. El segundo día, ella tiene la palabra. El primer día no la tuvieron los estudiantes que, yendo a un diálogo sobre la libertad, no los dejaron participar y, por sus beligerantes ademanes, fueron desalojados por los *carabinieri*. El tercer día era patente la falta de talento de los participantes tanto por el trato a los estudiantes (De Carlo, por lo mismo, presentó su dimisión) como por la incapacidad de integrar la propuesta de Stengers en sus propios discursos. Stengers propuso la figura del diplomático, desnudado en su sentido más arraigado de hipócrita y repuesto con un traje de verdadero creador, de paz, pero también de *idiota*, aquel incómodo que dice lo que hay de decir y convencionalmente jamás podría decirse.

Ese espacio, volviendo del revés hasta las piedras de su sostén, se connota con claves inéditas desde la formulación dislocadora de Andrea Palladio como arquitecto diplomático (no lo tuvo fácil el ser de Vicenza para trabajar en Venecia), y, como Tafuri<sup>13</sup> esgrima, la medida autónoma de la nueva *res aedificatoria* entraba en un difícil —quizá imposible— diálogo con la continuidad, con la sintaxis disuelta, con la dimensión inconmensurable del tejido urbano de la laguna. Sansovino aprendería el difícil arte de la mediación, pero Palladio impondría (o intentaría imponer) su microcosmos arquitectónico en una Venecia que ellos literalmente *interrumpieron*. La misma consideración ha de hacerse con la falta de entendimiento sobre la propuesta de Stengers. No ha de tardarse en comprender que la mediación está comprometida como concepto teórico, y si es difícil sacarla de la arquitectura, no digamos de la diplomacia. Pero ¿y qué cabe decir de la mediación en tanto que arquitecto-diplomático, conjugando ambas disciplinas, ya no por separado?

La propuesta de Stengers extiende hasta la absorción la pátina arquitectónica del discurso de Sloterdijk de aquel entonces, que estaba mayormente diseminando lo elaborado en su esferología, sobre el cuerpo de lo político. Imaginen la escena, dentro de la otra mayor escena veneciana, del espacio altamente político de un auditorio donde se han retirado algunos atributos y no otros para su constitución. La mujer habla ante los que no reaccionaron cuando los



12 Aunque sea marginal para mi argumento, no debe dejarse de reseñar el estudio de Rudolf Wittkower en su *La arquitectura en la edad del humanismo* (Nueva Visión, 1953, p. 96), donde dice a propósito de sus fachadas: «Debe advertirse que San Giorgio, tal como la conocemos en la actualidad, no corresponde a las intenciones de Palladio».

13 La cita está en TAFURI, Manfredo (1989). *Venice and the Renaissance*, Cambridge, MA: MIT Press, p. 8. Pero la conocemos por la lectura de HABRAKEN, N. J., y TEICHER, J. (2007). *Palladio's Children: Essays on Everyday Environment and the Architect*, Taylor & Francis.

IMAGEN 6  
El antiguo *cedar parlour* victoriano y el salón moderno, una vez incorporado al invernadero. Extraído de Fragment XIII, «Concerning Interiors», en Humphry REPTON, *Fragments on the Theory and Practice of Landscape Gardening* (1816)



estudiantes pedían mediación—ella misma incluida—para ocupar una silla que no llevaba su nombre; ningún nombre en realidad, ni con *r* ni con *s*. Emplea su cuota de democracia (que ha de entenderse como la distribución equitativa de los tiempos en el uso de la palabra en el momento en que nadie es desposeído de ella, ni siquiera en ese momento de los muy excluyentes antiguos atenienses) en desglosar lo que denomina *proposición cosmopolítica*.<sup>14</sup> Así las cosas, San Giorgio se torna un lugar «cerrado, controlado, caldeado, técnico, altamente técnico» (Latour y Gagliardi, 2008: 101). Esos epítetos son citados aquí literalmente, porque si nosotros los hemos usado para connotar ese espacio desde la restricción de esas variables, que funcionan bajo lo político, Stengers los usa para describir un invernadero, el invernadero de las repetidas conferencias de esos años de Sloterdijk. Artificios aquí y allí; artificios que evidencian una mala conciencia que parecía aún teñir la bruma lacustre procedente del Arsenal.

Justo en el año anterior, su *biennale* había puesto en juego por doquier los principios de pluralismo agónico de Mouffe aplicado a lo curatorial y a la crítica planetaria. La dirección de Francesco Bonami, subrogada sin injerencias a un grupo de 12 curadores en representación de

áreas geográficas artísticas *menores* que hicieron lo que consideraron apropiado, dispuso, en 2003, como motivo el título Sueños y Conflictos. La Dictadura del Espectador. Haciendo crítica a la edición anterior, pretendía no invadir la capacidad de legibilidad de todo espectador, coartando la posibilidad de la influencia de lo preimpuesto, lo dado, la mirada predeterminada hegemónica. No deja de tener cierto cinismo la tentativa contraneoliberal de la propuesta, desde el seno del bienalismo artístico en este evento veneciano donde, por poner un caso, Yoko Ono, sentada a la sombra de un árbol, realizó una instalación, titulada *Imagine Peace*, consistente en reparar con pegamento de contacto platos y tazas de porcelana rotas.

De haber podido, los congregados en San Giorgio Maggiore hubieran deseado tener un arquitecto diplomático entre sus miembros. Maffettone es politólogo, Kepler es arabista, De Kerckhove es sociólogo de los *media*, Scola es el patriarca de Venecia y cardenal, Jullien es sinólogo, Sloterdijk es filósofo, Latour es sociólogo y filósofo, Descola es antropólogo, Zagajewski es poeta. No hay arquitectos aquí. Quiero pensar que lo habrían querido para insertar nuevas variables espaciales altamente políticas y poder, finalmente, parlamentar.

El *parlour*, en la casa victoriana, fue un salón de representación social, cerrado y preservado al uso cotidiano interno. La palabra *parlour* proviene de la palabra latina *parlare*, que significa «hablar», y la palabra anglonormanda francesa *parlur*, que significa «lugar para hablar». Así que, básicamente, el *parlour* era la sala de charla o la cámara de audiencias: un parlamento doméstico. Ese salón, lleno de sillas, más de las necesarias para no parecer carente de urbanidad, algunas veces apiladas en espera de un momento cumbre de las relaciones sociales, es un espacio altamente político para la representación social. Muy conocido es el texto de Humphry Repton ilustrando este espacio (imagen 6), entre otros, para la socialización del desayuno. Y expone cómo su devenir salvó su obsolescencia con la ampliación del espacio adosando un jardín cubierto, un jardín *d'hiver*,<sup>15</sup> un invernadero. Repton observó que, desde el interior del *parlour*, las vistas no estaban obstruidas por «objetos antiestéticos», como los establos y los patios, y lo declaró un «palacio de la paz y el amor» (Finch, 2019: 29).

Dado que la tensión que relata el libro originalmente titulado *Les atmosphères de la politique. Dialogue pour un monde commun* (Latour y Gagliardi, 2008) se mantiene los tres días y no termina con la aceptación del término mediador *diplomático*, aunque los textos de Latour (2013,

<sup>14</sup> Juan Arnau contribuye, con su análisis de todo cosmopolita, a ampliar lo explicado por Stengers en los numerosos textos que dedica a la proposición cosmopolítica y que en la bibliografía final dejo como atestiguamiento. Arnau dice: «El intelectual contradice a otras personas; el sabio se contradice a sí mismo. Esta variación sobre una máxima de Oscar Wilde se puede aplicar al cosmopolita. El cosmopolita,

de algún modo, insiste en el hábito de contradecir su identidad nacional» (*Diario El País*, «Cosmopolitas sin salir de casa», publicado y leído el 11 de julio de 2020, <<https://cutt.ly/upno8KF>>).

<sup>15</sup> Uno de los más conocidos fue *La véranda de la princesse Mathilde Napoleón en París*, construido en torno al año 1864, pintado por Giraud. Característico de estas estructuras acristaladas es que fueron

progresivamente mejorándose las condiciones ambientales, técnica y artificialmente, con un suplemento energético que desgajaba las plantas de su necesidad de un *Umwelt* propio.

**IMAGEN 7**  
 Contraste entre  
 actitudes modernas: La  
*vérande de la princesse*  
*Mathilde...* (c. 1864)  
 frente a la propuesta  
 para el pabellón  
 japonés, en la Bienal  
 de Venecia de 2008,  
 por el arquitecto Junya  
 Ishigami

2014, 2015) y Stengers (2014) posteriores sí insistan en su oportunidad, pareciera que no habría más que decir que zanjar con un abandono la idea.

Pero Venecia no es tan voluble. Que el conjunto insular de San Giorgio Maggiore no se deje modernizar con un *parlour* acristalado no quiere decir que no se desayune al cabo del nuevo día con una claridad de discurso, una capacidad de decisión, con compasión y empatía, y con una extraordinaria comunicabilidad por la vía de una acción arquitectónica. Esas cuatro claves las había destacado la prensa internacional a la hora de valorar el papel de las mujeres que lideran países cuyos efectos por la pandemia han estado mucho mejor gestionados que los de sus homólogos masculinos, ya lo habíamos señalado.

Si uno fuera diplomático, de carrera, con estudios de arquitectura, y de decir las cosas por su nombre para superar los antagonismos, respetando el tiempo que me he de procurar para hablar justo lo que me corresponde —rasgos de idiotez—, querría haber podido recorrer, como lo hace una mujer, la historia de los espacios altamente políticos para poner, al final, uno de los edificios parlamento que mejor dé una oportunidad a mi tiempo y lugar vital para la convivencia, y que logre desafiar lo que llamamos *ecología*.

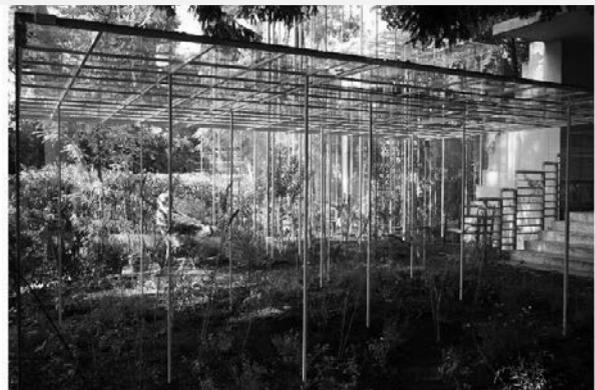
Para ello, lo primero sobre lo que hay que insistir es en que eso que llamamos *masculinidad* o *feminidad* son construcciones sociales (Mouffe, 1983), erigidas estas posiciones de sujeto a partir de los discursos fijados. Como extensión, lo mismo se puede decir de todas las relaciones sociales, de lo que se deduce que no hay una forma única y necesaria de constitución de la posición de clase. Y a lo que se debería añadir que, al estar en permanente formación, no caben ni fijezas ni discursos previos y sí saber empatizar con adversarios y no con competidores, que es el nombre que la neoliberalización realmente existente

daría a un enemigo. Así que, si el desafiante arquitecto Junya Ishigami es capaz de construir un proyecto como diplomático, con la arquitectura en su totalidad en juego, no estoy atentando contra su propia decisión de ser masculino o femenino, puesto que, como sujeto, su propio ser también está en jaque en su indisoluble acto con lo arquitectónico.

Lo segundo que ha de hacerse es, además de cómo aprender a leer (escribir, proyectar, mediar) como haría una mujer,<sup>16</sup> es acondicionar, con los mínimos reduccionismos, los atributos que marcarán el derrotero del espacio altamente político a generar. La ecología encuentra aquí su destino sin necesidad de constatar su cumplimiento científico, sino de decidir que la observancia relacional en variación constante define su existencia. Luego podemos teorizar, si se quisiera. No hay ecología en modelos cerrados, eso no existe, como no existe en los invernaderos, por supuesto no en los del siglo XIX, pero tampoco en los actuales, incluidos con los que se experimenta para poder exportar fuera de la Tierra.

Stengers advierte del artificio inmunológico de las *greenhouses* indicando que todos esos edificios no recrean en otra latitud la interacción, lucha por la supervivencia, cambios estructurales derivados (de comportamiento y de mutación biológica), dado que se trata de especímenes, exotismos, no de comunidades en interacción. Un espacio altamente politizado se hace cosmopolita por su exilio y adaptación por procesos antagónicos entre adversarios que se arriesgan a un *oikos* y que huyen de esferas ya constituidas, internas y externas.

Será en Venecia donde acabemos, en 2008, en la zona de guerra que será la XI Biennale, cuya Mostra Internazionale di Architettura tenía como título *Out There: Architecture Beyond Building*, dirigida por Aaron Betsky y con los



<sup>16</sup> Préstese atención a que hago guiño al capítulo que Jonathan Culler escribió con ese título en su libro *Sobre la deconstrucción: teoría y crítica después del estructuralismo*, de 1998.

arquitectos españoles participantes mostrando esa misma mala conciencia<sup>17</sup> que flotaba en el ambiente de San Giorgio Maggiore unos años atrás. Si Leibniz fue científico reconocido, para su tentativa como diplomático no le fueron suficientes ni sus descubrimientos ni su fama, ni su formación como doctor en jurisprudencia ni sus propuestas de unificación de sistemas jurídicos. La guerra franco-holandesa, que se inicia en el año 1672, el *het Rampjaar* o *año del desastre*, nos recuerda que no hay mediadores infalibles ni espacios altamente politizados a reivindicar como distracción de moda. Cada caso, cada proyecto arquitectónico es un estallido sísmico cuyo epicentro se puede medir, pero siempre *a posteriori*. Quien asume un riesgo tal es Ishigami en esa bienal veneciana. El pabellón japonés del Arsenale se vacía por completo para constituirse en un *parlour* cuya actualización se significa por la elección de continuar la reflexión que aquí hemos puesto a la vista con la construcción de una suerte de invernadero con una silla vacante, para alguien dispuesto a la diplomacia de este espacio altamente politizado.

Aquí no hay especímenes, hay interacción adversativa y, por tanto, ecología. No hay tecnología de forzamiento de un ambiente recreado, no están equipados con sistemas de control de aire, ni están realmente sellados desde el exterior por una barrera, aminorando eso que decíamos de la sensación de artificialidad. En primera instancia, esta mediación ya es un logro, arquitectónico, diplomático. La relación más allá del cerramiento genera una mezcla ambigua de elementos del entorno interno y externo, es una copertenencia que asume la presencia de los extraños en la evidencia del proceso del conflicto. Con la ayuda del botánico Hideaki Ohba, Ishigami inserta una selección vegetal que crea una ligera perturbación sísmica en el paisaje del parque del Arsenale. Quien ocupa la silla comienza percibiendo un entorno corriente, pero es esta creencia de que es un acercamiento extremadamente progresivo a un entorno que luego se transmuta en paisaje corriente, lo cual no es equivalente a ordinario. Su cotidianidad, sentida a través de las transformaciones surgidas, es verdadero habitar. Una impropia estabilidad estructural que se lleva a cualquier instancia o querencia proyectual: desde la fragilidad e indebida construcción con apoyos no porticados, no hundidos, sino nacidos del suelo, como una planta más, hasta la penetración visual y vivencial de estancias dentro de estancias.

Diplomacia y arquitectura, de la mano, generan una controversia plagada de sutilezas y agravios, de laberintos



de historias y determinaciones que, así lo demuestra el ejemplo del cónclave de San Giorgio Maggiore, no augura aceptaciones incondicionales. Pensar que las relaciones humanas son prácticas y no una moral atañe a quienes entienden que convivir es un esfuerzo—hasta la lucha—de cada día. Es fácil dirimir, en consecuencia, que eso conlleva a lo remedial y que no se atiende a cuestiones de mayor amplitud. Pero, como mujeres resistentes, Stengers<sup>18</sup> y Mouffe insisten en que hoy las escalas y las posiciones son relativas y los mediadores, por tanto, imprescindibles. La arquitectura, como demuestra el proyecto de Ishigami para la *biennale*, podría recuperar una silla en el parlamento de las sociedades que más arriesgan, siempre que esté dispuesta incluso a negociar su letra.

17 Los comisarios de la delegación española en Venecia, Ángel Fernández Alba y Soledad del Pino, rechazaron mostrar nuestro *star system* del momento y tratar la arquitectura cotidiana a través de 50 arquitectos de 21 estudios, zafados en que su discreción no desdice su alta calidad, como ellos argumentaron. A pesar de ello, nombres muy conocidos también formaron parte de la selección expuesta.

18 Joan Ockman se hace eco de Stengers: «Para Stengers, la diplomacia abarca los procesos de “poner en duda” y entrar en la contienda. Este compromiso con la refriega podría compararse con el “encuentro” de Levinas. De este compromiso con el no-en-el-momento de la lucha podría surgir el potencial de un Japón que no se sienta en casa por sí mismo, un trabajo sobre el presente» (en OCKMAN,

J., y Temple Hoyne Buell Center for the Study of American Architecture. 2000. *The Pragmatist Imagination: Thinking about Things in the Making*, Princeton Architectural Press).

## Bibliografía

- AURELI, PIER VITTORIO (2011). *The Possibility of an Absolute Architecture*, Writing Architecture Series, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- BIALAKOWSKY, A. (2014). «Entrevista a Bruno Latour. Modos de existencia, ciencias sociales e innovaciones educativas», en *Propuesta Educativa*, 2(42), pp. 49-54.
- BLOK, A., y JENSEN, C. B. (2018). *Redistributing Critique. Latour and the Humanities*, pp. 1-39.
- CHANG, WEI; XUE, Charlie, y DING, Guanghui (2019). «Architecture of diplomacy: Chinese construction aid in Asia, 1950-1976», en *ARENA Journal of Architectural Research*, 4(1), pp. 1-16, <<https://doi.org/10.5334/ajar.147>>.
- DIAS, J. P.; SZTUTMAN, R., y MARRAS, S. (2014). «Múltiplos e animados modos de existência: entrevista com Bruno Latour», en *Revista de Antropologia*, 57(1), pp. 499-519, <<https://doi.org/10.11606/2179-0892.ra.2014.87772>>.
- FINCH, J. (2019). «Humphry Repton: domesticity and design», en *Journal of Garden History*, 1(47), pp. 24-38.
- GUARANO, VIOLA; RASCHILLÁ, Maite; RUIZ, Javier, y FAÚNDEZ, María de la Paz (2019). «La trienal ha muerto, ¿larga vida a la bienal? La exposición como espejo y especulación», en *ARQ*, 102, Santiago, pp. 40-49, <<https://doi.org/10.4067/50717-69962019000200040>>.
- LATOUR, B. (2005). «Llamada a revisión de la modernidad. Aproximaciones antropológicas», en *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, (1), p. 3.
- (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Madrid: Siglo Veintiuno.
- y GAGLIARDI, P. (2008) (eds.). *Las atmósferas de la política: diálogo sobre la democracia*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- LATOUR, B. (2013). *An Inquiry into Modes of Existence*, Harvard University Press.
- LATOUR, B.; DAVIS, H.; MARCONETTO, B.; BLOK, A.; JENSEN, C. B.; OLIVER, J., y MARRAS, S. (2014). «Redistributing critique», en *Revista de Antropologia*, 53(1), pp. 43-56, <<https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>>.
- LATOUR, B., y DAVIS, H. (2015). *Diplomacy in the Face of Gaia. Art in the Anthropocene: Encounters Among Aesthetics, Politics, Environments and Epistemologies*, marzo, pp. 43-56.
- LEDERACH, J. P. (2008). *La imaginación moral*, Colección Vitral, Gernika-Lumo: Grupo Editorial Norma.
- MARCONETTO, B. (2014). «Gaia y la diplomacia como dispositivo cosmopolítico. Entrevista a Bruno Latour», en *Revista del Museo de Antropología*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 7(2), pp. 397-402.
- MOUFFE, C. (2010). «Política agonística en un mundo multipolar (Agonistic politics in a multipolar world)», en *Documentos CIDOB*, Serie: Dinámicas Interculturales, Barcelona: CIDOB, Fundació.
- (2014). *Agonística: pensar el mundo políticamente*, Sección de Obras de Sociología, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- NICOLSON, H., y NICOLSON, H. G. (1939). *Diplomacy*, Londres: Oxford University Press.
- PARAMIO, L., y MOUFFE, C. (1983). «La masculinidad y la femineidad son construcciones sociales», en *Diario El País*, 19/01, <[https://elpais.com/diario/1983/01/19/ultima/411778806\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1983/01/19/ultima/411778806_850215.html)>. Consultado el 9 de julio de 2020.
- STENGERS, I. (2010). «Including nonhumans in political theory: opening the Pandoras's Box?», en BRAUN, Bruce, y WHATMORE, Sarah J. (eds.), *Political Matter. Technoscience, Democracy, and Public Life*, Mineápolis-Londres: University of Minnesota Press.
- (2014). «La propuesta cosmopolítica», en *Pléyade*, 53(9), pp. 17-41, <<https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>>.
- TAFURI, M. (1978). *Retórica y experimentalismo: ensayos sobre la arquitectura de los siglos XVI y XVII*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- TAPIA, C. (2020). «La ciudad bajo el signo de Afrodita Pandemos», en *Geopolítica(s): Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, 11, pp. 189-208, <<https://dx.doi.org/10.5209/geop.69315>>.